

**¡DESPIDAN A ESOS
DESGRACIADOS!**

Jack Green



¡Despidan a esos
desgraciados!

Traducción de Rubén Martín Giráldez
Prólogo de José Luis Amores



ALPHA DECAY

CONTENIDO

Prólogo de José Luis Amores

¡Qué poca vergüenza! 9

¡DESPIDAN A ESOS DESGRACIADOS!

Con miedo y condescendencia	23
Leer o no leer	27
Y ahora llega el momento de las meteduras de pata	42
Del odio a la indiferencia	58
Ira	59
Desdén	61
Condescendencia	66
Insinuaciones	68
¡Conformismo! (Pasarse de listo con la puntuación)	97
Impublicable	101
Blasfemia	105
El cliché de la extensión	116
El cliché de «lo ambicioso»	124
El cliché de la primera novela	128
El cliché de «la falta de disciplina»	132
El cliché de la erudición	138

El cliché de la dificultad	146
El cliché de la compasión	149
El cliché de lo negativo	156
El cliché de lo negativo según Hartman	159
El cliché de lo negativo: «¡Cómo!, ¿no hay desenlace?»	169
El cliché de lo negativo: «como todos»	174
El cliché de lo negativo: «personajes extravagantes»	179
Personajes	183
Trama	187
Más	190
Después del primer asalto	194
El segundo asalto	198
<i>Cast</i>	203

¡QUÉ POCA VERGÜENZA!

Fatalidad. Me hago crítico.

HÉCTOR BERLIOZ, *Memorias*

¿Alguien sabe quién es William Gaddis? ¿Alguien ha visto alguna vez una novela de William Gaddis? ¿Existieron realmente novelas escritas por alguien llamado William Gaddis o solamente Gaddis? ¿Quién es Jack Green? ¿Leen ustedes crítica literaria? ¿Alguien sabe quién es Michiko Kakutani?

En marzo de 1955 la editorial neoyorquina Harcourt, Brace & Company publicó la primera novela de un escritor desconocido de 32 años llamado William Gaddis. La novela se titulaba *The Recognitions*,¹ tenía 956 páginas y recibió cincuenta y cinco reseñas en diversos medios impresos. Sólo «se vendieron unos pocos centenares de copias». Bueno, ¿y qué? Siempre ha habido escritores jóvenes y editoriales dispuestas a publicar sus primeras novelas, de lo contrario la literatura no existiría como tal. También ha habido desde siempre escritores que han elegido opciones de, digamos, envergadura para expresar lo que sienten que

¹ Existe edición española titulada *Los reconocimientos* (Alfaguara, Madrid, 1987, traducción de J. A. Santos).

¡Despidan a esos desgraciados!

tienen que decir al mundo. Sin ir demasiado lejos, James Joyce lo hizo treinta y tres años antes que Gaddis con un número de páginas que oscila entre 644 y 1.000, según la edición que se maneje. Digamos entonces que *The Recognitions* fue considerada, como el *Ulises* de Joyce, una obra «difícil». Y aclaremos de paso que, dado el peso de las consideraciones religiosas en el desarrollo de la trama, se la tachó de obscena.

De acuerdo, ¿y qué? ¿Qué importancia tienen esos detalles para un lector del siglo XXI curado de espantos y obscenidades, hartado de reseñas, referencias críticas y libros difíciles y voluminosos escritos tanto por veteranos como por debutantes? ¿Qué tienen de especial las críticas que recibió *Los reconocimientos* como para que ese lector se moleste ahora en tener este volumen entre las manos?

William Gaddis murió en diciembre de 1998, por lo que suponemos que tuvo ocasión de disfrutar de la inclusión de su primera obra entre la selección de las cien mejores novelas en inglés del siglo XX que la Modern Library realizó a principios de aquel año. Pero no de su distinción como una de las cien mejores novelas escritas en inglés desde 1923 con que la *reconoció* la revista *Time*² en 2005, lo que fue una lástima porque habría supuesto una reparación perfecta de la reseña chapucera que sobre tal obra publicó esa misma revista cincuenta años antes...

² Fundada en 1923, de ahí el «extraño» periodo que abarca la lista.

¡Qué poca vergüenza!

¿Qué vale entonces, lo de antes o lo de ahora? ¿Era Gaddis un escritor tan de primera como demuestran estos dos reconocimientos tardíos y estaban equivocados los reseñistas de *Time* y las otras publicaciones? ¿O es que la crítica objetiva sólo es posible una vez que el paso del tiempo ha calmado los ánimos y los viejos prejuicios han dejado de tener vigencia, cuando es posible ver las cosas con esa maravilla de la percepción humana llamada perspectiva?

En 1955, época pre-Internet, los lectores que se guiaban por referencias externas a la hora de seleccionar sus lecturas leían con atención las críticas y reseñas aparecidas en revistas, periódicos y publicaciones literarias trimestrales. En dichos medios la obra de Gaddis recibió dos reseñas «acertadas»³ y cincuenta y tres pésimas, que Green define como «chapuceras e incompetentes». Ya fuera por haberse limitado a copiar el *blurb* y la sinopsis y completar sus textos con frases de relleno que no decían ni expresaban nada, ya porque evidenciaran que los críticos no habían leído el libro en realidad, ya porque hicieran interpretaciones esotéricas y/o torcidas de la obra, o ya por una mezcla desvergonzada de todas estas técnicas torpes e hipócritas, lo cierto es que el análisis detenido y exhaustivo del aparato «crítico» temprano que acumuló *Los reconocimientos* arroja una conclusión tan nefasta que incluso mueve a la carcajada.

A Jack Green, fan acérrimo de la obra de Gaddis,

³ Green.

¡Despidan a esos desgraciados!

no le hizo ninguna gracia. Que una obra como *Los reconocimientos* fuera tratada con tal desprecio y vileza y condenada al olvido fue para él lo bastante inaceptable e indignante como para dedicar su tiempo y esfuerzos (e indudablemente dinero de su bolsillo) a poner de manifiesto la futilidad de la crítica literaria «reconocida». Lo hizo en 1962 y al estilo de la época, en una publicación *underground* propia mimeografiada titulada simplemente *newspaper*.⁴ En tres números correlativos, aparecidos en el lapso de nueve meses, puso de manifiesto, de manera argumentada, los fallos flagrantes, el fariseísmo, la desidia, la incompetencia e incluso la ignorancia supina en materia literaria de los críticos que reseñaron la obra. Sólo por el magnífico análisis que hace Green de la necesidad del *establishment* crítico de aquella época, este ensayo ya vale su peso en oro. Y no únicamente porque en esa ocasión la obra vilipendiada y arrastrada por el fango periodístico fuera la posteriormente aclamada como una de las mejores en lengua inglesa del siglo, sino también porque la historia nos demuestra que los críticos del momento (de cada época ante su presente) son, ante todo y en general, expertos en ignorar o no querer ver lo que tienen delante de sus narices, y que casi siempre son las generaciones siguientes las que han de reconocer los méritos de quienes en su momento fueron tachados de pura bazofia o bien simplemente tachados, ninguneados, arrojados a las mesas de saldos. Esto es válido para cualquier época.

⁴ En inglés, «periódico».

Jack Green es un pseudónimo.⁵ Hijo de la escritora Helen Grace Carlsile, nació alrededor de 1928. Un compañero de habitación de Darien, Connecticut, lo definió como «un superdotado para las matemáticas con un tremendo ingenio y facilidad para tocar el piano». Cursó estudios musicales en la Universidad de Princeton y, al principio de la década de 1950, estudió las teorías psicológicas de Wilhelm Reich además de trabajar en el perfeccionamiento de varias técnicas de juego; como él mismo reconoce en un ensayo autobiográfico también publicado en un número temprano de *newspaper*: «volví de Francia a Nueva York ansioso por aprender cómo perder jugando a la ruleta». (En sus escritos Green no utiliza mayúsculas, obvia las reglas básicas de puntuación e introduce largos espacios en blanco para diferenciar las frases.) Después trabajó durante dos años y medio como actuario de seguros en la Metropolitan Life, de donde se marchó impulsivamente un primavera l día de paga de 1957.

newspaper tuvo 17 números que fueron apareciendo sin una periodicidad definida desde 1957 hasta 1962. En ellos Green escribió sobre temas tan variados como los trabajos de Reich, reseñas literarias («a menudo unas pocas palabras a modo de elogio sencillo seguidas de extractos de muestra, dejando que los libros hablaran por sí mismos»), ejemplos desdeñosos

⁵ Los datos sobre la historia personal de Green y *newspaper* provienen del prólogo que Steven Moore hizo a la edición en inglés de *Fire the bastards!*, publicada por Dalkey Archive Press, en diciembre de 1992 (y reeditada en enero de 2012).

de las revistas de la época, textos sobre la inutilidad de votar ilustrados con demostraciones matemáticas, composiciones para piano a cuatro manos, artículos sobre el peyote⁶ y sobre casi cualquier asunto que se le ocurriera o le cabreara a causa de su hipocresía o falsedad. El prestigioso crítico Donald Phelps calificó *newspaper* como «el mejor periódico de Nueva York».

Casi desde el primer número el tema de *Los reconocimientos* de Gaddis fue recurrente en *newspaper*. Llegó a especularse con que Green y Gaddis eran una misma persona,⁷ y que el objetivo real de *newspaper* era sacar del ostracismo la obra de Gaddis. Evidentemente, Gaddis agradecía los esfuerzos de Green, pero su relación fue esporádica y se limitó al intercambio de reseñas, la detección de errores de imprenta en la primera edición de *Los reconocimientos* y poco más. El empeño de Green era sincero y, desde luego, autónomo. Y aunque focalizó su trabajo en la calidad ínfima de las reseñas que recibió la obra de Gaddis, su objetivo fue, en realidad, cuestionar el papel de la crítica literaria. A tal efecto son reveladores los epígrafes en que subdivide este ensayo: «el cliché de la erudición», «el cliché de la dificultad», «el cliché de la compasión», «el cliché de la extensión», «el cliché del

⁶ No hay que olvidar que en esos años se vive la plena eclosión de los fenómenos culturales beatnik, hippy e hipster, y del descubrimiento a gran escala de las drogas como catalizadores de la revolución interior.

⁷ Posteriormente, también se barajó la posibilidad de que Thomas Pynchon fuera en realidad un pseudónimo de William Gaddis.

punto de vista», «el cliché de “lo ambicioso”», «el cliché de la primera novela», «el cliché de la falta de disciplina», «el cliché de lo negativo»: la crítica literaria posee una jerga, unos modelos y unos procedimientos estándares con los que valorar cualquier obra y realmente no sabe qué hacer cuando se le pone delante una novela fuera de lo común, como fue el caso. O sí saben: denigrarla a base de clichés. Lean, si no, este ensayo, elaboren una lista de las conclusiones a las que llega Green y elijan al azar cualquier novela contemporánea que pueda considerarse canónicamente rompedora; si tuvieron la ocasión de leer críticas sobre ella en su momento, comprenderán de inmediato a qué se refiere Green en el fondo.

Si bien actitudes como las de los críticos norteamericanos de 1955 son ya difíciles de encontrar,⁸ muchas buenas obras perecen por invisibilidad en los grandes medios. La presión de los grupos editoriales, el desinterés general en la literatura de calidad y la continua desaparición de publicaciones literarias por causas económicas condenan a buena parte de la literatura publicada a una supervivencia mediática semiclandestina, basada en menciones pírricas por parte de reseñistas aficionados en espacios, la mayoría de las veces, unipersonales. Sin embargo, el ahínco, la ilusión y los medios efectivos con que Jack Green

⁸ Aunque ¿quién es Michiko Kakutani? Busquen sus críticas en el *New York Times* del 20 de noviembre de 2006 sobre *Contra-luz*, de Thomas Pynchon, y del 4 de agosto de 2009 sobre *Vicio propio*, del mismo autor. ¿Qué habría escrito la prestigiosa señorita Kakutani sobre *Los reconocimientos* en 1955, eh?

¡Despidan a esos desgraciados!

abordó la defensa de una obra capital de la literatura de todos los tiempos tienen hoy día un reflejo indudable en una pequeña aunque creciente parte de la blogosfera, y también en una forma particular de crítica literaria positiva que entre todos hemos dado en bautizar con la expresión «edición independiente».

Jack Green era independiente, estaba solo. Eran él y su indignación contra la corrupción del sistema literario, y su escritura y las horas mimeografiando personalmente sus propias páginas y repartiendo los ejemplares por las librerías de Greenwich Village. Hoy Green tendría un espacio en Internet. Pero probablemente no se dedicaría a denostar libros, autores o editoriales, sino a poner de manifiesto las obras de calidad ignoradas por la crítica «oficial» en favor de libros corrientes y molientes. Y lo haría como en este ensayo, en el que clama por el despido fulminante de quienes tilda de desgraciados: fundamentando su discurso, nunca por capricho.

JOSÉ LUIS AMORES

¡DESPIDAN A ESOS
DESGRACIADOS!



Los reconocimientos, de William Gaddis, se publicó en 1955. Es una gran novela; es la gran novela de nuestra generación en la misma medida en que el *Ulises* lo fue para la generación del propio Gaddis; y sin embargo, como consecuencia de la pésima labor de la crítica, únicamente se vendieron unos pocos centenares de copias:

- dos críticos admitieron que no habían terminado de leer el libro;
- un crítico cometió siete pifias en una sola reseña, otros muchos dieron incorrectamente el número de páginas, año, precio, editorial, autor y título. A todo esto hay que añadir errores increíbles, como confundir «diabético» con «adicto a los narcóticos»;
- un crítico escribió su reseña copiando parte del texto de la faja del libro y parte de otra reseña;
- otro dijo que el libro era «repugnante», «malvado», «soez», y que convenía que se le «lavara la boca con lejía» a su autor. Otros se mostraron despectivos o condescendientes;
- de cincuenta y cinco reseñas, dos fueron acertadas. El resto eran chapuceras e incompetentes, por su incapacidad de reconocer la grandeza de esta obra;

¡Despidan a esos desgraciados!

- al evidenciar su ineptitud para transmitir al lector cómo era el libro, cuáles eran sus cualidades esenciales;
 - por falsear esto último con ideas estereotipadas (los clichés establecidos sobre cualquier libro que sea «ambicioso», «erudito», «largo», «negativo», etcétera);
 - porque se valen de una jerga inhumana para fingir que están a la altura de su cometido;
- una sugerencia constructiva: ¡despidan a esos desgraciados!

La primera noticia que tuve de *Los reconocimientos* fue en una reseña del *New Yorker*, donde se decía que el libro era parecido al *Ulises*, pero sin llegar a ser tan bueno. Cito las palabras del reseñista (anónimas, condescendientes y, en cierta medida, autocondenatorias):

Esta novela desafía al lector a que se la compare con el *Ulises* de Joyce en cuanto a forma, contenido, longitud y riqueza de imaginaria, así como en sintaxis, puntuación e incluso tipografía. Ante este reto, uno se ve obligado a decir que, pese a que el señor Gaddis ha sido muy valiente, Shem the Penman le gana por la mano.

(Presentarse como «el lector» en lugar de como «yo» es una artimaña para fingir modestia, al tiempo que se asume una inmerecida autoridad impersonal. El reseñista pretende que su opinión como mero ser humano, la mía, la vuestra o la de cualquiera, es fútil.

Pero una vez «el lector» es contratado por una Autoridad para dedicarse a unas pocas e intermitentes horas de lectura a cambio de cuatro miserables billetes, «el lector» deviene ¿un dios?, ¿un ser objetivo?, ¿lleno de prestigio? ¿O sigue siendo el mismo idiota, sin intención de mojarse?)

Mi suerte fue que no leí una reseña del todo indiferente, sino una lo bastante despiadada para llamarme la atención. Supuse, con terquedad, que un libro que no llegaba a la talla del *Ulises* al menos debía de ser bastante bueno, así que me hice con él.

Al principio, igual que les sucedía a los críticos imbéciles que acabo de mencionar, la longitud del libro (más de 400.000 palabras) me sobrepasó. Empecé a saltarme fragmentos aquí y allá, leyendo hacia atrás y hacia adelante. A los pocos días estaba bastante confuso: «¿Qué intenta hacer este tío?», preguntaba a mis amigos. «¿Está chalado o de verdad tiene algo que decir?». Un «equilibrado» y «juicioso» punto de vista, como ven. Aún estaba metiéndome en el libro, acostumbrándome a ese estilo narrativo atonal, nuevo para mí. Pero supongamos ahora que yo fuera un vil gacetillero preparado, a base de años de trabajo fingido, para pensar que no merece la pena leer cuidadosamente un libro a no ser que todo el mundo lo haya leído ya. Un hombre condenado a reseñar pilas de libros mediocres a toda prisa. ¿No me habría visto obligado a hacerlo? ¿No habría redactado mi reseña sin importar que me encontrase en el momento de máxima confusión de mi lectura? ¿No me hubiese obligado mi genio interior a apresurarme en mi ta-

¡Despidan a esos desgraciados!

rea sin esperar a asumir lo que era nuevo para mí, disfrazando mi ignorancia con comentarios ingeniosos y jerga bostezante sobre lo que fuese que no hubiera llegado a comprender? Y además, para protegerme, tendría de mi parte las últimas frases pegadizas de los Aterrorizados Filisteos del *Times* y del *Saturday Review*. ¿Y si, a todo esto, yo (más o menos secretamente) odiase la buena literatura?

Como ése no era el caso, pude seguir leyendo *Los reconocimientos* en lugar de abandonarlo por alguno de los diez libros menos valiosos del mes. Hoy, muchos años después, sigo cautivado por lo fascinante de la novela y sigo releyéndola; y juro por todo el trabajo al que me haya dedicado alguna vez y al que me dedicaré en mi vida que *Los reconocimientos* es una gran obra de arte. En cuanto a la opinión del público mayoritario, no conozco una sola gran novela que haya sido permanentemente derrotada por los enemigos del arte. Aunque en la actualidad eso no sería imposible, en esta época indiferente y de decadencia: *esto no debe suceder*. En los años que siguieron a su publicación, esos reseñistas farsantes consiguieron que el libro de Gaddis acabara en las pilas de saldos, estuvo tan olvidado como si nunca hubiese existido una gloriosa industria editorial con sus espléndidos despachos y su buen dinero para todos excepto para los escritores.